

EL TESTIMONIO

Así nos protegió Dios del Covid... y no la vacuna

VIDA Y BIOÉTICA

31_03_2021

**Rosalina
Ravasio***



Mi profesor de filosofía era un gran personaje: llevaba bigote hacia arriba, al estilo del siglo XIX, ¡y una chaqueta de cuadros verde y rojo! Sí, era un hombre un poco extravagante en su estética, pero su pensamiento era ciertamente nítido, claro y afinado. Solía decir: “Queridos jóvenes, escudriñen siempre la realidad con atención y nunca confíen en cómo se ve... ¡vayan más allá, mucho más lejos! Lean lo que otros no

ven... y no olviden nunca que el mundo está dividido por la mitad: hay quien piensa sin hacer y hay quien hace sin pensar. ¿Quieren mantener los pies en la tierra? Bueno, quédense estrictamente en la línea central de las dos opciones comunes: ¡ni aquí ni allá!”. Un gran consejo, sobre todo hoy, cuando se está tan dispuesto a seguir a los que piensan sin hacer y a los que hacen sin pensar.

Parece que todos hemos caído en un estado real de trance-hipnótico: Covid-19, inmunólogos, el comité científico, virólogos, periodistas... todos en la cuenca pandémica que tiene una y única forma de salvación: la vacuna. Todo esto se ha convertido en una nueva religión verdadera, de hecho, la única verdadera religión, a la que incluso algunas jerarquías eclesíásticas se inclinan con devoción. “Dios, viene después... es decir, no... viene primero... de hecho no... tal vez viene después... éste es un período difícil y confuso y, sobre todo, se debe proteger la salud de los demás... Entonces en este caso Dios... es decir fe, las oraciones... vienen necesariamente después”.

En resumen, todos se han convertido en sacerdotes de esta nueva forma de religión degenerada, donde Dios corre el riesgo de ser simplemente un pasado para recordar y nada más. En el fondo, él no es como AstraZeneca o Moderna o Pfizer que pueden darnos la verdadera defensa contra el mal (el virus).

En esta religión degenerada se nos indica también los medios sacramentales a seguir: “Higieniza muy bien tus manitas (asegúrate de que solo con cierto tipo de producto...), mantengan siempre al menos dos metros de distancia incluso dentro de la misma familia, usa solo un tipo de mascarilla y tomen sólo algunos fármacos recomendados por el protocolo oficial (tachipirina y espera vigilante)”.

Y también nos muestra a los nuevos santos: los vacunados. Absolutamente a ser tomados como modelos (claro, después de la ritual fotografía del brazo expuesto a la vacuna)... todos bellos, felices, libres, contentos. Porque ahora, ellos, los nuevos santos, pueden volver a vivir sin la obsesión de agarrar a ese condenado Covid-19. La ilusión de que la vida, finalmente, puedes gestionarla como quieres. Salvo el imponderable de permanecer seco por una embolia, un infarto, un tumor, un ictus... pero al menos mueres vacunado.

Y, por supuesto, también está la nueva Tabla de la Ley. Estos son los mandamientos:

- Recuerda vacunarte (aunque te envíen a 100 km de distancia).
- No codicies la vacuna de otros (tipo Sputnik).

- Si no lo quieres (la vacuna) para el Estado podrías ser sujeto de Tso (Tratamiento Sanitario Obligatorio). Sin embargo, si la deseas, son tan “poco seguras” que te obligan a firmar un consentimiento informado para eximir al médico y a las casas farmacéuticas que la produjeron de cualquier responsabilidad, presente y futura.

¿Eso es suficiente? No. También nos enseñan lo que es la vida: un tiempo que amablemente nos concede la vacuna.

Así, una vez vacunados, podemos recuperar el tiempo perdido para volver a gastarlo como queramos: comprarnos la felicidad que se esconde en los distintos supermercados, en las diversas ofertas de última hora para viajes exóticos, etc... naturalmente todo “al vacío empaquetado” y con una extraordinaria magia de palabras tan convincentes que crea nuevas necesidades y deseos en nuestro interior.

¿Quién escribe es un temible No-Vax o un teórico de la conspiración? No, no se preocupen. Quien escribe, hace apenas un año, se encontró conectada a un respirador de oxígeno durante un mes y medio con una neumonía intersticial bilateral severa por Covid-19. Vayamos a esos días, de inicios de febrero de 2020: a pesar de que aún no había un conocimiento claro y oficial de la pandemia en curso, decidí suspender de inmediato las reuniones entre niños y familiares (que se realizaban regularmente todos los meses en la época pre Covid) después de que algunos de los familiares de los invitados hubieran sido hospitalizados. Estos fueron los primeros signos del virus. Durante unos 10 días trabajé dentro de la comunidad con fiebre (creyendo que era una gripe normal) hasta que colapsé cuando de repente se me acabó el aliento y la fiebre se disparó a 40 grados. Después de que me llenaran de tachipirina y antibiótico me llevaron a hacer la radiografía de pulmón.

¿El referto? De muerte segura e inminente por neumonía intersticial bilateral avanzada. Opinión de todos los expertos: al hospital entubada o morirá.

Como monja dudé porque siempre he creído que el final de una parábola existencial estaba en manos de Dios y no de un virus que se le escapó a quién sabe quién: alguien dijo a los científicos de un laboratorio, alguien más a los murciélagos, y alguien más a los soldados que jugaban a la guerra biológica. Entonces, quien escribe indicó: opinión negativa sobre la hospitalización.

Mientras tanto, mi hermana residente en la provincia de Bérgamo con su hija, nuera y sobrina como enfermeras profesionales en el mismo hospital, fue hospitalizada por un poco de fiebre. Dos o tres días después, el presidente Conte emitió el decreto con el que

ordenó la creación de puestos de salud reservados para pacientes con Covid. Mi hermana, por lo tanto, fue trasladada de acuerdo con los procedimientos oficiales del Ministerio de Salud a otro hospital sin tener la certeza de que realmente era Covid-19, pues tenía solo un poco de fiebre. Retenida en la sala específica del hospital durante un cierto período, murió a los pocos días del alta.

Por lo tanto, me negué a ir al hospital, aunque yo, en cambio, tenía la certeza de que había contraído Covid. Me embargaba el miedo agonizante de haber podido transmitir el virus sin saberlo a los niños de la comunidad (especialmente a los más débiles como los seropositivos, los inmunodeprimidos y otros con patologías graves). Y en cambio todos y repito, todos, han sido protegidos por Dios, de eso estoy segura.

Nuestra comunidad fue apoyada por una avalancha de oraciones de amigos, voluntarios y familiares (sobre todo, por una enfermera voluntaria a quien va todo nuestro agradecimiento por el coraje que tuvo para detenerse con su camper en la comunidad para brindar asistencia las 24 horas del día, constantemente, recomendada por los también espléndidos médicos voluntarios).

Así, protegidos por Dios (y asistidos por esta enfermera), luchamos y ganamos nuestra batalla.

En este punto lo declaro en letras mayúsculas: NO QUIERO REEMPLAZAR MI FE CON NINGUNA NUEVA RELIGIÓN DEGENERADA.

Por el amor de Dios, no quiero criticar la efectividad o no de las vacunas: todos son libres de hacer lo que sientan y quieran, pero déjenme invocar como protectora y madre... a María, a quien personalmente todavía considero una hacedora de milagros.

Una oración mariana del siglo IV, tan querida para mí, dice:

“Bajo tu protección buscamos refugio, Santa Madre de Dios,
no desprecies las súplicas de nosotros que estamos bajo prueba (incluido COVID-19)
pero líbranos de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita”

¿Quiere ver que con todas las oraciones elevadas al cielo en ese momento era ella - María - nuestro antídoto (= vacuna)? ¿Quiere ver que Nuestra Señora todavía es capaz de hacer milagros? Depende de usted orar para intentarlo.

¡A mí... déjenme mi religión!

* Hermana de la Comunidad Shalom, *Palazzolo sull'Oglio*